

«¿PUEDO JUGAR CONTIGO?»

Mil novecientos ochenta y cinco. Era primavera, y las flores de cerezo caían al suelo cuando el viento soplabá con fuerza. Las liatris y las ásteres estaban floridas; podía oler el aroma dulce y embriagador de la madreleiva, que cabalgaba a hombros del viento, envuelto en el resplandor de las flores blancas y rosadas de cerezo recién caídas y las mechas blancas de los dientes de león. Era la estación de las chaquetas amarillas, esas avispas lerdas que siempre merodean por los cubos y las botellas de refresco. Cuando tenía tres años, una chaqueta amarilla me picó en la punta de la nariz, y ésta se me hinchó tanto que parecía el doble de grande; desde entonces, mi madre siempre las había odiado a muerte.

—¡Fuera de aquí! —gritó, espantando con la mano las chaquetas amarillas que se habían presentado, sin previo aviso, en el picnic improvisado sobre el césped del parque de la Estatua de la Libertad con los amigos de mis padres, Maria y Pedro, y su hijo Jeff.

Papá cogió un poco de Pepsi con la punta de su pajita de plástico y colocó la pajita encima del mantel rojo y verde. Todas las avispas se precipitaron sobre la pajita y papá sonrió.

—¿Lo ves? Yo resuelvo los problemas con sentido común. A las avispas les gusta el azúcar, y mientras el refresco siga ahí, ninguna se apartará de esa pajita. ¿A que sí, Keesy?

Papá empezó a llamarme Kissy (con su acento hispano, sonaba «Keesy») cuando yo era muy pequeña, después de enseñarme a darle besos de buenas noches en la mejilla; durante un tiempo, fui dando besos a todo: a mis muñecas y a mis animalitos de peluche, incluso a mi propia imagen reflejada en el espejo. Papá sólo me llamaba Kissy cuando estaba de buenas conmigo, y a veces también Bebito. Cuando estaba enfadado no me llamaba nada; se refería a mí en tercera persona. Rara vez usaba mi nombre de pila, Margaux (pronunciado «Margó»), aunque me lo había puesto él mismo, en honor a un vino francés de la cosecha de 1976 que bebió una vez: el Château Margaux. A mi madre nunca la llamaba Cassie, nunca la besaba ni la abrazaba. Yo creía que eso era lo normal, hasta que vi a padres como los de Jeff besarse; y, para ser sincera, consideraba que los raros eran ellos.

Maria era la mejor amiga de mi madre y mi niñera ocasional. Su hijo Jeff tenía siete años, uno más que yo. En casa de Jeff, si él accedía a jugar al Stories, yo jugaba con el G. I. Joe y los Transformers. A mí la guerra me aburría, y Jeff odiaba jugar a la Mariquita y al Perro Perdido, porque en ellos no había figuras humanas; así que este tipo de tratos hacían posible nuestra amistad.

Mamá y Maria hablaban de cosas sobre las que suelen hablar las madres: las propiedades de la vitamina C, el bebé secuestrado en Orchard Beach, el niño recientemente fallecido en una montaña rusa. «¡Qué pena!», decía mamá, y «Dios actúa de maneras misteriosas». Mamá llevaba encima una pequeña libreta de espiral donde anotaba, entre otras cosas, todas y cada una de las desgracias que oía en la radio o veía en la televisión. Así, siempre tenía algo importante de lo que hablar cuando llamaba por teléfono o iba a ver a sus amistades. Se refería a la libreta como su Libro de Hechos. Papá lo odiaba. Cada vez que mi madre se ponía enferma, empezaba a hablar de niños famélicos y otros horrores del mundo. En casa, no dejaba de escuchar su álbum *Sunshine*, la crónica de una joven víctima de un cáncer de huesos ter-

minal que grabó unas cintas con su despedida para su marido y a su hija. A mamá, eso le parecía romántico.

Un día oí decir a Maria que en mi dieta faltaban pollo y yuca, dato que mi madre garabateó en el Libro de Hechos. Ninguna de las dos sabía decir qué engordaba más, si el pollo o la ternera.

Entonces papá dijo, dando codazos a Pedro:

—¿Qué sabrán estas mujeres? Yo sé más que ellas. No des demasiada carne de vaca a las niñas o infestarás su organismo de hormonas animales. Alubias negras y arroz, fruta, espagueti; eso es lo que necesitan. No querrás tener una hija esquelética, porque entonces la gente dará por sentado que la estás matando de hambre. Pero tampoco querrás que tu hija parezca mayor. Así que no des a las niñas demasiados filetes ni chuletas de cerdo. Marisco, sí. Los niños, en cambio, deben ponerse fuertes. A los niños hay que darles mucha carne de cerdo. Aunque tú quizá estés dando demasiado cerdo al tuyo. —Papá sonrió; tenía una manera de ofender a la gente que nunca le hacía quedar mal—. Yo como ensalada. Tomo montones de pistachos y, de vez en cuando, una papaya. Vitamina A. Tampoco digo que tu hijo esté gordo. Sólo que podría permitirse perder unos kilitos; espero que no me malinterpretes. Soy sincero con mis amigos. Pero ¡es un niño fuerte, sano, un hijo bien guapo!

Jeff se inclinó y me susurró al oído:

—Patas de gallina flaca. ¡Co, co, co, co!

—¡Cállate!

—¡Co, co! —Agitó los brazos en el aire—. ¡Corres como una gallina! ¡Co, co, co, co!

Lo de «patas de gallina» no me molestó demasiado; pero, cuando dijo que corría como una gallina, le estampé una bofetada en la cara.

—¡Cállate, gordo! ¡Por mí puedes morirte y bajar directo al infierno!

Todo el mundo se volvió hacia mí, y Maria se giró en cuanto me vio la mirada.

Papá esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Niños, cuidadito con mi hija!

—¡Louie! —protestó mamá—. ¡No le enseñes a pegar!

Una chaqueta amarilla pasó zumbando junto a la cara de mi madre y Jeff intentó espantarla con un palo, para hacerse el héroe. Le atizó y, con un escandaloso grito de felicidad, arremetió contra las demás chaquetas amarillas. Pero las avispas la emprendieron con él y acabó soltando el palo. Todos los adultos empezaron a chillar y los insectos, enfurecidos, empezaron a perseguirlos. Yo tenía chaquetas amarillas en la cabeza, en los brazos, en las manos y en el pecho.

Papá me miró a los ojos y advirtió:

—Quédate quieta, Keesy, no te muevas o te picarán.

Notaba el tacto de sus diminutas patas negras, su abdomen. Obedecí. Papá y yo fuimos los únicos a los que no picaron aquel día.

Mis padres y yo pasamos los primeros siete años de mi vida en un edificio de ladrillo naranja de la Calle 32. Nuestro minúsculo piso de una sola habitación estaba infestado de cucarachas, que papá no pudo eliminar ni aun armado con botes de Raid y maticucarachas Combat.

—Vienen de otros pisos. Entran por debajo de la puerta. Los que viven en este bloque son todos unos salvajes. A este lado de la ciudad, son todos unos sucios salvajes. En el norte de Union City, la cosa está mejor. Aquí, hay drogadictos y delincuentes. No veo la hora de abandonar este lugar.

Papá odiaba las pintadas, las escaleras de incendios, los solares abandonados y llenos de basura, los adolescentes que silban y sisean, los radiocasetes portátiles, la manera en que aquella gente siempre lo ensuciaba todo. Sin embargo, le gustaba recorrer a pie unas pocas manzanas hasta Bergenline Avenue para tomarse su café exprés y su bollo de leche (a mí me daba trocitos con la mano, e incluso me

dejaba tomar algún sorbo de su café). Le gustaba ir allí porque casi todo el mundo hablaba español, porque le parecía tremendamente humillante pronunciar mal una sola palabra en inglés al pedir la comida. Una vez, cuando eran novios, mi madre se rió de cómo decía «shoes» («chus») y él no le dirigió la palabra durante el resto del día.

Papá nunca nos animó a mi madre o a mí a aprender español, y ella tenía razones para creer que lo hacía expresamente. No quería que escucháramos sus conversaciones telefónicas. Yo lo envidiaba por ello. No hablar español implicaba no poder leer lo que ponía en muchas fachadas y no poder pedir nada en restaurantes y tiendas de la zona. En Union City, la gente siempre daba por hecho que yo era cubana o española, por mi tez clara, y no medio portorriqueña. Mi madre era una mezcla de noruega, sueca y japonesa. Yo tenía los ojos oscuros, supuestamente heredados de mi abuelo medio japonés, un rostro en forma de corazón, los labios carnosos y el pelo castaño oscuro y liso.

Cuando era muy pequeña, pegaba puñetazos al azar a mujeres que iban en el autobús o caminando por la calle, y mi madre decía que era porque había visto cómo mi padre le pegaba a ella. Me contó que a los tres años fui testigo de cómo le rompía en la espalda el marco de una fotografía grande, pero era demasiado pequeña para recordarlo. Lo que sí recuerdo es que mi padre encendía y apagaba las luces para burlarse de la enfermedad mental de mi madre. Yo dormía con ellos en una enorme cama de matrimonio, porque siempre tenía pesadillas y me aterraba dormir sola. Para conciliar mejor el sueño, mi padre se tapaba los ojos con un jirón de una de sus viejas camisetas interiores; el antifaz improvisado, la barba y la melena pelirrojas hacían que pareciera un bandido. Por las mañanas, si se levantaba de buen humor, me contaba historias sobre un mono travieso, una rana malvada y un estoico elefante blanco ambientadas en Carolina, Puerto Rico, donde él se había criado. A veces me contaba cosas sobre su niñez. Solía subirse

a los altos cocoteros aferrándose con todo su cuerpo a la rugosa corteza del árbol y trepando poco a poco con la ayuda de los brazos.

A mi padre le encantaba contar historias. Le gustaba exagerar y usar las manos. Se encargaba de cocinar y de limpiar la casa, porque decía que mi madre sólo sabía llevar la ropa sucia a la lavandería que había en el sótano del edificio y hacer la compra en el Met más cercano; como no conducía, traía la comida a casa en un carrito rojo. Pero siempre compraba y gastaba demasiado, y papá la reñía por eso.

Papá era un hombre tan inquieto que jamás comprendí cómo podía soportar un trabajo en el que tenía que estar todo el día sentado. Era un joyero especialista en diseño y fabricación. También tallaba, engarzaba y pulía piedras preciosas, además de hacer reparaciones. En los años ochenta, los joyeros no tenían mesas de trabajo adecuadas y se pasaban todo el día encorvados en una incómoda postura.

Cuando papá llegaba a casa, estaba tan nervioso que se comportaba como un perro liberado de su correa. A veces, la euforia se apoderaba de él y se pimplaba una Heineken tras otra mientras preparaba la cena, cantando al tiempo que sacaba todas las especias de cajones y armarios, dándome luego a probar en una cuchara muestras de su arte culinario, o dándome la cazuela de arroz para que rebañara los granos crujientes y dorados que se hubieran quedado pegados al fondo: «palomitas de arroz», como papá los llamaba. Si se encontraba de buen humor, me tocaba mucho la nariz, era su manera de expresar cariño, ya que rara vez me daba un beso. Mi madre siempre estaba en la habitación escuchando su vinilo de John Lennon, la banda sonora de *West Side Story*, el álbum *Sunshine*, o Simon & Garfunkel. No salía hasta que la cena estaba lista. Sabía que, en cuanto él la viera, cambiaría de humor. Una vez, me contó que se estaba desnudando junto a la ventana y papá le dijo, corriendo las cortinas:

—No eres una belleza. Eres una vaca gorda y nadie quiere verte.

Cuando papá venía de mal humor, me iba corriendo a la habitación con mi madre y subía el volumen de su tocadiscos Gibson, nos rodeábamos de almohadas en una especie de minifortín y nos cubríamos la cabeza con la manta. Dentro del refugio improvisado, me metía el chupete en la boca (aun con cinco y seis años) y apretaba contra la cara un perrito de peluche amarillo al que había arrancado la oreja vichy de tanto tirar de ella. Papá gritaba por lo mucho que su jefe lo humillaba, por lo mal que estaba el mercado. Solía quedarse sin trabajo al menos una vez al año, porque el negocio de la joyería aflojaba después de Navidad. Con el tiempo, sus diatribas se encendían y se transformaban en arrebatos incontrolables que a menudo duraban horas enteras. Cuando estaba así, era como un poseso y nos daba miedo acercarnos a él. Gritaba que lo habíamos maldecido con una vida llena de amargura, y que nunca más sería libre, que Dios no lo podía enviar al infierno porque ya estaba en él, y que se preguntaba qué habría hecho para merecer una doble maldición: una mujer enferma por esposa y una bestia salvaje por hija. Muchas veces, deseaba que gritara en español para no entender lo que decía.

El verano que cumplí los siete años, aún vivíamos en la Calle 32 y tenía que caminar varias manzanas hasta la piscina de la Calle 45. El agua estaba muy clorada, había bichos muertos flotando en la superficie y sólo medía un metro veinte de profundidad. Los niños mayores la llamaban la Pipi Piscina. Me avergüenza reconocer que yo también contribuí a su reputación, dejándome llevar despreocupadamente hasta los bordillos azules de la piscina, asegurándome de que nadie me viera.

El agua de la piscina era un espacio abierto azul claro, liviano, que se extendía para envolver mi cuerpo de bala mojado, mi cuerpo de puños cerrados, pies juntos y piernas arqueadas como largas aletas; mi boca apretada para

contener el aire como un monedero herméticamente cerrado; mi yo sirena, mi yo pez de colores, mi yo delfín, mi yo ingrátido. Cuando salía a la superficie, estirando la cabeza para respirar, sentía que el cerebro me estallaba de placer. Al cabo de unos segundos, miraba a mi madre, sentada con el bolsón negro cruzado al hombro. Nunca se lo quitaba de encima por miedo a que se lo robaran. Lo que yo hacía a veces, cuando me aburría de jugar sola, era quedarme quieta en el centro de la piscina y mirar alrededor. Al detenerme y abrir bien los ojos, parecía que toda la gente —grupos de niños, madres con bebés con flotadores, niños con manguitos, chicos ajenos al cartel de PROHIBIDO BUCEAR— surgiera de la nada. De repente, se hacía el sonido: chapuzones, gritos, silbatos, incluso el canto de los pájaros y el rugido de los coches que venía de detrás de la tapia de listones verdes.

El día que conocí a Peter, vi a dos niños forcejeando con su padre al otro lado de la piscina, riendo y salpicándose. Uno de ellos era muy guapo. Era el más pequeño, de unos nueve o diez años de edad, flacucho, con un flequillo largo de pelo castaño. No sólo era guapo; irradiaba felicidad. Había brillo en su rostro y en su piel, rapidez y agilidad en sus piernas, brazos y manos, y una dulzura en sus ojos y en su semblante que no eran propios de un niño. Su hermano mayor también parecía feliz, pero no con la misma intensidad.

Su padre llevaba el pelo gris plata cortado a la taza y un flequillo de los sesenta como los Beatles. Tenía los labios carnosos, una nariz larga y afilada que podría haberle quedado mal a otro, pero no a él, y una barbilla robusta y respingona. Cuando miró en mi dirección, vi que sus ojos eran de un marcado color aguamarina. Me sonrió con el rostro lleno de arrugas: en la frente, en las comisuras de los ojos y alrededor de la mandíbula. Suponía que debía de ser muy mayor, por las arrugas, el pelo cano y la piel del cuello flácida, pero rebosaba tanta energía y tanta alegría que no parecía mayor. Ni siquiera parecía un adulto, porque care-

cía de la distancia natural que separa a los adultos de los niños. Los niños captan la distancia que los separa de los adultos como también los perros saben que no son personas, y aunque los adultos jueguen como niños, siempre se impone esa sensación de distancia. Creo que, aunque hubiera estado alineado con cien hombres de similar complexión y temperamento, lo habría podido apartar de aquella hilera para preguntarle:

—¿Puedo jugar contigo?

Crucé el largo de la piscina y me limité a preguntarle eso. Él respondió: «Por supuesto», y enseguida me salpicó la cara, retozando conmigo como si yo fuera un hijo suyo. Luego salpiqué las caras de los niños y ellos la mía, porque a aquellos niños no parecía importarles jugar con alguien tan joven y, por si fuera poco, niña. Hubo un momento en que el niño guapo sumergió con cuidado mi cabeza, y cuando volví a la superficie, me reí con tantas ganas que por un instante sólo me pareció oír mi propia carcajada. Entonces el padre me agarró suavemente bajo los brazos y me dio vueltas, riendo como un niño grande. Cuando se detuvo, el mundo se tambaleaba ante mí y una extraña aura blanca envolvió sus rasgos, como una corona.

Más tarde, cuando los socorristas dijeron a todo el mundo que saliera de la piscina porque iban a cerrar, el padre, de nombre Peter, nos presentó a una hispana de aspecto dulce llamada Inès, que había estado caminando por la parte menos profunda de la piscina mientras nosotros jugábamos. Peter se burló de su necesidad de estar cerca de los bordillos y a mi madre y a mí nos comentó en broma que Inès se ponía nerviosa por cosas que a nadie preocupaban, como subirse a los tiouvivos o montar en bicicleta. Inès tenía un rostro torpemente bello de ojos somnolientos arrugados por el sol, un pelo largo y rizado que empezaba siendo oscuro en la raíz y a medio camino cambiaba a un tono de tinte crema asalmonado, y la dulce mirada de un cerva-

tillo salvaje. Llevaba uñas postizas de color violeta; se le habían caído dos, y las demás lucían diminutos símbolos de la paz pintados en negro.

Peter nos dijo los nombres de todos: el niño mayor, Miguel, parecía tener doce o trece años, y el pequeño, Ricky, sólo un par de años más que yo. Al final del día, había olvidado todos los nombres, pero recordaba las primeras letras de los nombres de los padres: P e I. No dejaba de pensar en ellos, P e I, y en su promesa de invitarnos a mi madre y a mí a su casa. Transcurridos unos días sin tener noticias suyas, me olvidé de ellos.

Podría haberlos olvidado para siempre, pero perduraba en mí la vaga impronta de felicidad que aquel incidente me había dejado. Estábamos en el Chevy del 79 de papá cuando mamá dijo que la habían llamado, o, mejor dicho, que Peter había llamado.

—Estamos invitadas a su casa. ¿No te parece amable por su parte? —Como papá no dijo nada, prosiguió—: Peter e Inès. Y los niños, Ricky y Miguel. Miguel y Ricky. ¡Qué majos! Unos niños muy educados, nada bruscos. ¡Qué familia más agradable!

—¿A su casa? ¿Viven aquí?

—No lejos de aquí. Por teléfono, Peter dijo Weekhawken, justo en la confluencia con Union City. Yo... quería hablarlo contigo. ¿Qué opinas?

—¿De qué?

—De ir allí. El viernes, mientras tú estás en el trabajo.

—A mí no me importa.

—Bueno, me pareció que debía hablarlo contigo.

—No me importa. No son asesinos en serie, ¿verdad?

—Son una familia muy agradable. Muy buena gente. Una familia encantadora.

—A ti todo te parece agradable. Todo el mundo es muy bueno. Todo es encantador.

—Entonces queda decidido —dijo mamá—. El viernes a mediodía.